

EL NIDO DEL COCODRILO

Por *María Branch*

FENA KIKOLO vivía en una aldea situada en una isla del Pacífico del Sur. La casa donde Fena vivía con su madre, su padre y un hermano menor llamado Biki, estaba hecha de palma de sagú. A Fena le tocaba quedar cerca de la casa durante todo el día mientras sus padres salían a trabajar en la huerta y en las plantaciones de cocoteros.



Una mañana Fena le preguntó a su mamá:

-¿Qué puedo hacer hoy?

El sol aún no había salido, y Fena se daba cuenta de que ese día se le haría muy largo hasta que sus padres regresaran a la tarde.

-Barre el patio alrededor de la casa-le indicó la mamá.

-Eso sólo me lleva un ratito. ¿Qué puedo hacer después?

La madre levantó la cesta que había tejido con las hojas de cocotero. Cuando volviera de la huerta, la traería cargada de boniatos o batatas y taro (una raíz parecida a la yuca o mandioca).

-Entonces puedes limpiar el horno de tierra y, por supuesto, debes vigilar siempre a Biki.

Biki todavía no podía hablar, de modo que a Fena, Biki no le servía de mucha compañía. Pero podía caminar, y Fena tenía que correr todo el día para cuidar al muchachito. A éste le gustaba gatear debajo de la casa, la cual estaba construida sobre parantes altos, y a veces se escapaba hasta llegar al borde de la selva. A Fena le hubiera gustado hacer algo diferente que sólo cuidar a su hermanito y realizar las pequeñas tareas domésticas de todos los días.

-Me gustaría hacer otras cosas -le dijo a la mamá.

-Cuando seas grande como yo podrás hacer otras cosas.

-Esperar hasta ser grande lleva mucho tiempo -respondió Fena.

Su madre se rió.

-Cuando seas grande querrás ser chica para no tener que trabajar en la huerta -le dijo la madre mirándola seriamente-. Fena, todo nuestro trabajo es importante.

Pero Fena no estaba contenta. Una mañana dijo:

-¿Puedo llevar hoy a Biki a jugar al río?

-Sí, pero recuerda que debes mantenerlo a tu lado continuamente. El es todavía muy pequeño y le gusta escaparse.

Fena estuvo de acuerdo. En cuanto los padres se fueron a trabajar, le dio el desayuno a Biki. Este comió su budín de taro que ella le sirvió en el extremo de una hoja de banano y cuando acabó su desayuno, salieron rumbo al río.

-Súbete a mis hombros -le dijo ella-. Así iremos más rápido.

Biki se subió a los hombros de su hermana y le puso las piernas alrededor de la cintura. Caminaron bordeando la huerta y el bosquecillo de bananos. Hacia calor y el tener que cargar al hombro a Biki, empeoraba la situación de Fena. Ella suspiró aliviada al oír el murmullo del agua del río. Poniendo a Biki sobre la arena le dijo:

-Quédate aquí. Voy a traer una hoja de banano para sentarnos, y entonces será más fresco.

Biki sonrió y con un movimiento de cabeza le hizo entender que lo haría. Fena regresó corriendo hasta un banano y arrancó una hoja ancha. Juntó luego un manojo de hojas parecidas a helechos. "Haré guirnaldas para ponernos en el cabello".

Cuando regresó al lugar, Biki había desaparecido.

-¡Biki! -llamó, pero su hermanito no respondió.

Fena corrió a lo largo de la ribera del río, llamando y mirando: ¿Qué le diría su madre? ¿Y cómo podría haberse ido tan lejos el muchachito? Ella se había ausentado por sólo unos minutos.

"Debo ir a la plantación a traer a papá", pensó. "No, mamá está más cerca". Fena no sabía si debía ir a la plantación para buscar al papá o a la huerta para buscar a la mamá. Ambos estaban demasiado lejos. "Tengo que encontrarlo yo", dijo en voz alta.

Corrió a lo largo de la ribera del río, se agachó para ver debajo de cada enredadera que cubría la ribera y miró debajo de cada arbusto y alrededor de los troncos caídos. En el preciso instante en que estaba por regresar para ir a la huerta, oyó un susurro. Se apresuró a acercarse a la barranca que quedaba junto al río. Allí vio algo que la dejó sin aliento. Un nido de huevos de cocodrilo estaba en parte expuesto al sol. Uno de los huevos se había abierto y había nacido el cocodrilito que se revolvía en el nido y embestía con su hocico los otros huevos.

Fena se cubrió la boca con la mano. "El cocodrilo se ha comido a Biki -susurró-; debo ir y decírselo a mamá".

Volvió apresuradamente al lugar donde había puesto la hoja de banano en el suelo. Si tan sólo Biki hubiera estado sentado allí. Fena se pasó la mano por los ojos y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Corrió tan rápido como pudo al lugar donde sabía que estaría su madre. Al llegar al borde de la huerta, vio a Biki parado debajo de un árbol de papaya.

Tenía la cabeza echada hacia atrás tanto como podía, mirando anhelante la fruta madura.

Fena corrió y lo apretó en sus brazos. El le echó los brazos a la nuca, y ella sintió el impulso de sacudirlo. Entonces él levantó su brazo regordete y señaló las frutas.

-Oh, tú siempre tienes hambre. Te podría dar una zurra. ¿Por qué no obedeciste lo que te dije?

Los oscuros ojos de Biki le sonrieron. Fena recordó el cocodrilo. Poniendo al pequeñito en el suelo, le colocó la mano sobre su cabello ensortijado.

-¡Quédate aquí!

Y subiéndose rápidamente al árbol de papaya cortó dos de las frutas. Se sentó en el suelo junto a su hermanito y ambos las comieron.

Cuando terminaron, ella dijo. -Sabes, Biki, tenemos mucha suerte.

Luego arrancó unas hojas anchas de un arbusto.

-Tenemos una madre y un padre que trabajan mucho y un Dios que nos cuida a todos nosotros.

Entonces quitó con las hojas el jugo pegajoso que Biki tenía en las manos y en la cara y luego lo ayudó a ponerse de pie.

-Ahora debemos ir a casa.

-Yo también tengo un trabajo importante. Nunca olvidaré que a mi me toca cuidarte a ti y cuidar de la casa-agregó.

Levantando entonces a Biki se lo puso en los hombros. Este le puso las piernas alrededor de la cintura y luego pasaron por el bosquecillo de bananos, junto a la huerta y la plantación, y llegaron a la casa.